

Enviado especial de 'The Times' en la Guerra de la Independencia

Estuvo 6 meses en España, desde donde escribió 35 extensas crónicas en plena Guerra de la Independencia para *The Times* de Londres. Pero lo que importa a estas alturas de Henry Crabb Robinson (1775-1865) son sus ideas sobre la necesaria profesionalización del periodismo, innovadoras para su tiempo, y el realismo que utilizó en sus escritos para narrar los desastres de la guerra, algo inusual en aquella época.

ELÍAS DURÁN DE PORRAS

Asistimos desde hace meses a una gran cantidad de eventos destinados a conmemorar el bicentenario de la Guerra de la Independencia. Al margen de los sucesos políticos, 1808 debe ser, cuanto menos, una fecha reseñable para los periodistas, pues a lo largo de ese año nacieron gran cantidad de periódicos y gacetas en nuestro país y en

España trabajaron y escribieron varios periodistas ingleses, entre ellos, Henry Crabb Robinson, corresponsal de *The Times*, que en sus memorias dejó una vasta información de cómo trabajaban los corresponsales de aquella época.

El 31 de agosto de 1808 el puerto de A Coruña era un hervidero. Los ingleses habían logrado que se reabrie-

Elías Durán de Porras es vicedecano de Periodismo en la Universidad CEU Cardenal Herrera.

ra el servicio marítimo Falmouth-A Coruña, cerrado desde hacía años por las guerras con los ingleses, gracias a un acuerdo con la Junta de Galicia. El trasiego de barcos entre las dos ciudades había crecido exponencialmente y en la ciudad herculina habían recalado una gran cantidad de militares ingleses, agentes y marineros.

Ese mismo día desembarcó del buque *Black Joke* Henry Crabb Robinson, un periodista de *The Times* que nunca había estado en España ni sabía hablar su lengua. Y tenía una misión: abastecer al diario de John Walter II de gacetas españolas y escribir sobre aquello que se rumoreaba en España.

El editor de *The Times* había enviado a su mejor hombre a España para intentar ofrecer la información más reciente a sus lectores. Desde hacía años el diario de Printing House Square, como otros periódicos, había establecido una red de agentes a lo largo de Europa para que le suministrasen información y gacetas de manera independiente a la que les llegaba a través del 'servicio de noticias' que recibían del Post Office, que como todo servicio supeditado al Gobierno, sufría constantes cortapisas y

claros casos de favoritismo hacia diarios afines.

Robinson no era un periodista cualquiera. Pese a haber iniciado su carrera dos años antes, tenía experiencia como enviado especial. En

1807 fue corresponsal en Altona, ciudad fronteriza entre Alemania y Dinamarca, donde cubrió todos los sucesos centroeuropeos desde la victoria de Napoleón en Jena (octubre de 1806). Su contratación, gracias a su amigo y gran cronista parlamentario John D. Collier, fue vital para el periódico, pues Robinson había estudiado en Alemania y hablaba latín, francés y alemán a la perfección (fue uno de los primeros traductores de Goethe y gran conocedor de la Filosofía de Kant, y Schiller), y poseía buenas conexiones diplomáticas que le permitirían usar valijas para

enviar informaciones que no pasaban el celoso control de la oficina de correos.

La experiencia en Altona fue determinante para su labor en A Coruña, ciudad elegida, pues desde ella era fácil enviar misivas a Londres gracias a los constantes paquebotes que unían España e Inglaterra. Contactó

Robinson había estudiado en Alemania y hablaba latín, francés y alemán a la perfección.

con el propietario del *Altona Mercury*, lo que le permitió el acceso a informaciones y documentos que enviaba el editor del *Hamburger Correspondenten*, el periódico más importante de Europa en aquel entonces, con una tirada de 30.000 ejemplares, que completaba con las noticias que aparecían en *Abeille du Nord*, *Neue Zeitung*, *Moniteur* y *Telegraph*.

La primera crónica de Robinson aparece publicada en *The Times* el 26 de febrero de 1807 bajo el epígrafe 'Correspondence from the banks of the Elbe'. Sus despachos tienen tres puntos de interés: en primer lugar, ilustran profusamente la evolución de las campañas de Napoleón; en segundo término, Robinson recoge el origen de las informaciones y opina sobre su verosimilitud; y en tercer lugar, tiene un estilo periodístico propio y nuevo en el que, de una manera rápida, con visos de suspense, informa sobre lo que acontece. Esta nueva manera de informar tendrá su continuación en sus crónicas desde A Coruña.

Además, su estilo sorprende más porque desde el primer momento escribe como si fuera un extranjero, concretamente como si fuera alemán, con constantes referencias del estilo *your King*, *your fleet* y *your army*. Su pose de extranjero le dio la oportunidad de remarcar los defectos de los ingleses, algo que hubiese sido mal recibido por los lectores si hubiesen sabido que el escritor era el

hijo de un curtidor de Suffolk. En A Coruña no repetirá este estilo, pues ya tiene más confianza en sus escritos.

Sus artículos fueron muy importantes para el periódico. *The Times* era entonces una publicación de cuatro páginas, como todos los diarios de la época, en la que la mayoría de las noticias internacionales eran meras transcripciones de informaciones sacadas de otras publicaciones. Robinson era algo nuevo, diferente a lo que se podía leer en otras cabeceras.

De traductores a periodistas

Altona también sirvió para que Robinson meditase sobre las carencias de los diarios ingleses, sobre todo en sus incipientes secciones internacionales (*oversea*) y envió un memorando a John Walter (*Sobre el tratamiento de las noticias extranjeras*) en el que explicó cómo se debería trabajar para ofrecer la mejor información del Continente a sus lectores.

Según *Old Crabb*, como sería denominado más tarde por sus colegas, una sección internacional no podía mantenerse sin línea editorial. En el caso de *The Times*, Robinson critica, con respeto, que no se trabaje por tener una clara visión del mundo. La mayoría de los periódicos se limitaban a transmitir despachos oficiales o resúmenes de otros periódicos, a veces transcritos tal cual sin orden ni concierto. Robinson demuestra que

el público ya demanda de sus periódicos noticias claras, así como exclusivas. El enviado especial muestra cómo Francia lleva la delantera a Inglaterra en terreno periodístico al incluir estas composiciones exclusivas. La idea que tiene para *The Times* es simplemente trasladar lo visto en publicaciones europeas, principalmente francesas y alemanas. En este campo es también interesante la opinión de William Jerdan, posterior editor del *Sun* y en aquella época co-adjunto del *Pilot*: “La vida de un reportero es de lo más anómala; su misión requiere la considerable habilidad y juicio para trabajar de una manera propia y limpia y su responsabilidad es muy grande. Su fidelidad no debe tener duda, porque la defensa de los valores del periódico para el que trabaja debe estar por encima de sus valores, pero también depende de su trabajo el conocimiento o desconocimiento que ofrezca a sus lectores”.

Para Robinson, un medio que no tenía línea editorial no era ‘libre’. Este último punto da buena medida de lo que ocurría en Londres. En los periódicos de la época se solía abusar de los boletines oficiales del empera-

dor, especie de partes oficiales desde diversas zonas del imperio que explicaban a los franceses y por ende al resto de europeos, las campañas de Napoleón y ocultaban o mostraban lo que a Bonaparte le interesaba. Además,

como también abunda el propio Jerdan, los intereses de los editores de los medios “tenían que ver más con la política que con los deberes propios de la prensa. (...) Solían vestir bien, eran educados y tenían buen gusto (...) les importaba poco el número de sus lectores como garante de beneficios comerciales y de atracción de publicidad, y estaban más interesados en ser un vehículo para trasladarles las opiniones del partido al que apoyaban o servían. Es de todos sabido que un periódico para que tenga éxito debe siempre agradecer al público y demostrar su imparcialidad e in-

dependencia. Pero en los viejos tiempos estos requisitos no eran seguidos a rajatabla y más bien su cometido era reunir a todo el país en una manera de pensar”.

Pese a que *The Times* logró una ventaja sobre sus adversarios gracias a la obtención de informaciones y correos propios, para Robinson no era

Para Robinson,
un medio que no
tenía línea
editorial no era
‘libre’.

suficiente. El periodista creía que las noticias no se explicaban porque los periódicos no tenían profesionales (*redacteur*) que contextualizasen las informaciones a los lectores. Para el periodista inglés, había que dejar de lado a los traductores y poner en la cadena de la información a profesionales para que seleccionaran y escribiesen informaciones *ad hoc* para los lectores. Este hecho es muy importante. Por primera vez Robinson habla de diferenciar la labor periodística de la de traductor. Para *Old Crabb* no tiene ningún sentido copiar las noticias de medios extranjeros sin explicar al lector qué importancia tienen los acontecimientos que se narran y sin realizar una breve introducción o presentación de los hechos. Este era uno de los males de por qué la gente, según él, no leía todo el contenido internacional de los periódicos y sí en cambio las noticias locales, porque estas últimas sí las comprendía. El problema no afectaba sólo a los lectores, sino que el propio Foreign Office tenía muchas dudas de lo que ocurría realmente en el Continente y reflejaban los boletines del emperador.

Es relevante lo que cuenta el director del *Sun* sobre lo que sucedía en los mismos despachos oficiales cuando llegaban los boletines de Napoleón: “Los boletines de las campañas alemanas eran particularmente complejos y difíciles de seguir. Se mencionaban asiduamente lugares de los

que no teníamos conocimiento, y más de una vez me vi junto al subsecretario de Exteriores arrodillado y gateando sobre un gran mapa en el suelo intentado averiguar las posiciones de Bonaparte”.

Es también muy reseñable que Robinson critique las cartas que se publican de negociantes o militares que se encuentran en el exterior, tal y como se hacía en aquella época. El periodista quería aprovechar la guerra, como dice su misiva a Walter, para crear otra forma de hacer periodismo e instaurar la propia profesión de periodista, para la cual se necesitan, según sus palabras, hombres cualificados que él llama *hombres de letras*.

El final de su viaje a Altona significó toda una aventura que casi le cuesta la vida y que puede hacernos comprender por qué el inglés no emprendería posteriormente en España otra similar cuando la ocasión le brindó la posibilidad de cubrir la Guerra de Independencia desde otro lugar que no fuese A Coruña. Los periodistas eran tenidos por espías y empezaron también a sufrir los riesgos de buscar noticias en lugares donde se desarrolla una guerra.

Al año de su vuelta, Inglaterra quedó conmocionada por los sucesos en España. La tradicional enemiga de Albión había dado un paso adelante y se había enfrentado con valor a Napoleón. Esta situación no pasó desapercibida para los editores, que encontraron en España una referencia pa-

ra vender periódicos y levantar la moral de una población acostumbrada a las victorias del genio corso.

Henry Crabb Robinson también se interesó por los avatares españoles y confiesa en su diario que durante algunas semanas previas a su salida hacia A Coruña sus labores periodísticas estuvieron centradas en lo que ocurría en España. “La revolución española había estallado y muy pronto iba a adquirir una importancia suprema como para convertirse en un asunto de interés nacional”, señala.

Conforme se empezó a conocer que los ingleses iban a enviar una misión diplomática a España, Walter creyó necesario enviar un corresponsal para que reuniese todas las noticias y periódicos posibles y para que narrase el ambiente que se respiraba. Además, el público demandaba noticias frescas y exclusivas desde el teatro de operaciones y el editor no se fiaba del celo del Post Office y el Gobierno. Inmediatamente pensó en Robinson, que ya tenía experiencia por su estancia en Altona. “¿Quién era el adecuado para escribir desde las orillas de la bahía de Vizcaya sino aquel que lo había hecho con éxito desde

las riberas del Elba?”, sentencia *Old Crabb*.

‘Shores of the Bay of Biscay’

Robinson no acogió su nueva misión con optimismo, quizás por aquel entonces ya pensaba dejar la profesión y dedicarse a lo que más le gustaba: las letras. España, además, se presentaba como un país muy diferente a lo que había conocido en centroeuropa. En una carta a su hermano Thomas llega a afirmar que los españoles eran “iguales a los que mostraban los libros escolares sobre Roma y Grecia”.

Su método de trabajo en A Coruña iba a ser el mismo que en Altona. Llegó con algunas cartas de recomendación que le acercaron a militares ingleses de la zona que le informarían sobre los sucesos españoles; contactó con el editor de “un miserable pequeño periódico diario”, Manuel Pardo de Andrade, director del *Diario de A Coruña*, que le suministró gacetas españolas; y se relacionó con algunas autoridades locales y visitó sus tertulias, lo que le permitió hacerse eco de rumores y comprender a aquel pueblo, que se

Según Robinson, el pueblo español era el “más ignorante y fanático de Europa”.

gún otra de sus cartas desde la ciudad herculina, era el “más ignorante y fanático de Europa”.

En los seis meses que residió en España escribió un total de 35 extensos artículos bajo el epígrafe ‘Shores of the Bay of Biscay’. Para los británicos de la época esas crónicas fueron la más completa información que pudieron leer. Tanto fue así, que muchas de ellas fueron reproducidas por otros diarios como *The Star*, *The Pilot*, *The Globe* y *The Courier*. Robinson no sólo reproduce y traduce (llegó sin saber español con una edición del Quijote en inglés que fue comparando con otra española) gacetas que llegaban a A Coruña, sino que también se atreve a hacer comentarios y dilucidar aspectos como la calidad de los periódicos españoles y la persecución a los franceses y afrancesados.

Quizá lo más valioso de Robinson llegó cuando Napoleón entró en escena. Cuando los canales de comunicación con Madrid se cortaron y empezaron a faltar noticias en Galicia, Robinson se ve obligado a seguir informando pero con lo único que tiene, las fuentes orales. Robinson dedica sus últimos artículos a contar la situación desesperada de los gallegos e incluso describe los primeros roces y desconfianzas entre los españoles e ingleses. Debido a varios incidentes que sería prolijo narrar, *Old Crabb* se vio obligado a quedarse en A Coruña hasta el final. Gracias a ello han quedado dos crónicas en las que Ro-

binson cuenta cómo fue la llegada de los franceses, la batalla de Coruña o Elviña y la huida del Ejército de sir John Moore. Su estilo es muy moderno si tenemos en cuenta el tiempo en el que fueron escritas. Porque no podemos comparar los modernos corresponsales de hoy o incluso los de mediados y finales del XIX con los de las guerras de Convención o las Napoleónicas. Era una época distinta y los lectores no estaban acostumbrados a descripciones duras sobre lo que era la guerra; imperaban entonces los mensajes sobre acciones heroicas y patrióticas. Pero creemos que, después de haber observado las crónicas de Robinson y de algunos de sus colegas, es en el primer año de la guerra en España cuando se empiezan a ofrecer a la opinión pública relatos y descripciones de gran realismo sobre el dramatismo y los desastres de la guerra. Un servicio muy alejado de los *French Bulletins* y de los *Moniteur*, donde las verdades se decían a medias o no se dejaba espacio a describir con detalle una derrota. Robinson fue uno de los pioneros que describió la desesperación de un ejército en retirada y la angustia de un pueblo, en este caso el coruñés, que sentía cerca a su enemigo. Robinson, pues, puso en acción en España la experiencia desarrollada en su anterior viaje como corresponsal a Altona y dio otro paso en el nacimiento del corresponsal de prensa, rompiendo con la tradición de las cabeceras in-

glesas de publicar cartas de agentes o viajeros que no eran periodistas profesionales y que apenas conocían lo que era un periódico.

El trabajo de Henry Crabb Robinson fue el elemento más relevante de aquel primer año de guerra y el verdadero valor añadido de *The Times* con respecto a la competencia. Porque el diario de Printing Square no fue superior a sus rivales en otros ámbitos, salvo quizás en hacerse antes con prensa extranjera en algunos momentos puntuales. *The Times* no era en aquella época el mejor o más leído diario de Inglaterra. Muchos historiadores se equivocan cuando sólo analizan la opinión pública inglesa de entonces o la situación política a través de las páginas de John Walter. La influencia y número de lectores de *The Times* estaba por detrás del *Morning Post*, *Sun* y *Chronicle*, y la cabecera luchaba por imponerse al *Morning Herald* y *Courier*. El gran esfuerzo del periódico se centró en proveerse de la mejor red de noticias, en vez de apoyar la política de un partido.

No obstante, el periódico, con la gran contribución de Robinson desde Altona y A Coruña y las habilida-

des de Walter para hacerse con correos internacionales, ya apuntaba su éxito inminente, que se afianzó con la llegada de Barnes a la dirección del periódico y la muerte de James Perry (1821), que dejó al *Morning Chronicle* sin su gran guía.

Sus artículos de A Coruña, y antes desde Altona, representan la aparición del moderno enviado especial.

Henry Crabb Robinson fue, por tanto, un punto de inflexión para la historia del periodismo. La bibliografía sobre él apenas habla de su paso por *The Times*, del que no destaca prácticamente nada. Sólo incide en su formación romántica y en las descripciones que dejó sobre el romanticismo inglés. Para hacer justicia hay que señalar que los 35 artículos desde A Coruña y su anterior trabajo en Altona representan la aparición del moderno enviado especial.

Al margen del trabajo en el periódico, que abandonaría poco después para emprender una exitosa carrera de abogado, *Old Crabb*, uno de los grandes diaristas del siglo XIX inglés, dejó al morir más de 50 volúmenes de memorias y otros tantos de correspondencia en los que aparece lo más granado de la sociedad cultural inglesa de la época y también sus meses de vivencias en España. ❖